

XXX DOMINGO ORDINARIO “B”

27 y 28 de Octubre de 2018

Durante las últimas tres fines de semana, nuestra segunda lectura ha sido la carta a los Hebreos del Nuevo Testamento. Un tema principal del autor en esta carta es la designación de Jesús como sacerdote. Dada la crisis actual de las revelaciones de los atroces delitos de abuso sexuales cometidos por sacerdotes y obispos, y del hecho de que otros obispos no hayan respondido para salvaguardar a los miembros del rebaño de Dios, el mensaje de la carta a los Hebreos es muy oportuno.

En proclamando a Jesús como sacerdote, el autor estableció un título y una función que el propio Jesús trató de evitar. Es una declaración única y original, que no se encuentra en ninguna otra parte en el Nuevo Testamento. Los Evangelios presentan a Jesús como un profeta a la manera de la historia de Israel, como un predicador itinerante y un trabajador milagroso. Cuando se trataba sobre el culto del sacerdocio de Israel, centrado en el Templo de Jerusalén, los Evangelios nos relatan de que Jesús no solo mantuvo su distancia, sino también dirigió unas de sus más agudas críticas y acciones proféticas en su contra. Al final, la ira engendrada por los sacerdotes del Templo, los llevó a ellos y a sus cohortes, con la cooperación del gobierno romano de ocupación, a matar a Jesús en la cruz.

El sacerdocio en todas las culturas, incluyendo las Escrituras hebreas, se refieren a las relaciones entre los seres humanos con dios, dioses o un Dios para el beneficio de ambos. El sacerdote es uno quién ofrece los sacrificios de la gente a Dios, revela los juicios y la voluntad de Dios, interceden ante Dios para obtener el perdón de los pecados de la gente y para establecer comunión entre la humanidad y Dios. En la historia de Israel, como en las naciones vecinas, el oficio del sacerdocio era hereditario. Para los judíos, se transmitía a través de los descendientes varones de la línea de la familia de Aarón, el hermano de Moisés, a quien Dios designó como sacerdote y quien, a su vez, Moisés fue consagrado en ese cargo.

A diferencia del sacerdocio aarónico, el sacerdocio de Jesús, como los Hebreos enseña, no se basa en la descendencia humana, sino en la naturaleza de Jesús como el divino Hijo de Dios. Desde el momento de la unión de su naturaleza divina con nuestra naturaleza humana hasta la última gota de su sangre derramada en su lado abierto en la cruz, la vida entera de Jesús es un acto sacerdotal ofreciendo sacrificios, y de cumplir la voluntad de Dios. Como tal, Jesús ofrece el sacrificio último y eterno. Jesús es a la vez sacerdote, el que se ofrece, y la víctima, la cual es ofrecida. Esta libre voluntaria ofrenda de Jesús cura la herida de nuestros pecados, heredada de Adán, logrando la reconciliación definitiva con Dios. Debido a la unión en Jesús de la naturaleza divina y humana, y en su naturaleza humana el autor nos dice que Jesús mientras es divino—es

incapaz de pecar; sin embargo en su naturaleza humana— es capaz de comprender nuestras debilidades y tentaciones humanas, y así ser el sacerdote misericordioso. En la historia del Evangelio de hoy de la curación del hombre ciego, Bartimeo, aquí vemos demostrado la misericordia y compasión de Jesús. Bartimeo es un símbolo de cada uno de nosotros quienes de varias maneras estamos ciegos al amor de Dios en nuestra vida debido al pecado, y a quienes Jesús viene con su misericordia divina, y a quién nosotros, similares como Bartimeo, podemos acercarnos con fe y sin temor al perdón y a la curación.

En la última cena, la noche antes de su muerte, Jesús, como sacerdote y víctima, estableció los medios por los cuales su único sacrificio interminable continuaría estar presente y vigente en el mundo hasta el día cuando Dios traerá a la terminación el trabajo comenzado por Jesús de establecer Su reino. En la última cena, Jesús estableció los sacramentos de la Sagrada Eucaristía en la cual él unió su vida y su sacrificio con el pan y el vino, nombrándoles su Cuerpo y su Sangre; también el Sacramento del Orden a través del cual él comisionó a los doce discípulos en la mesa con él, y aquellos a quienes elegirían como sus sucesores (hoy conocidos como obispos y sacerdotes), y que específicamente se les dio a ellos esta misión de perpetuar su presencia en su nombre a través del Espíritu Santo, pero también su vida y su sacrificio a través de la celebración de la cena sacrificial y en los cuales Él continuará ejercitando su compasiva, sanadora, misericordiosa presencia. Los obispos y sacerdotes nunca deben olvidar que a ellos se les han dado esta gran responsabilidad. Como el Papa Francisco ha declarado: los obispos y los sacerdotes deben "oler como las ovejas"; asumiendo en las esperanzas, miedos, heridas de su gente y aplicando la unción de la misericordia.

En el Rito de Ordenación, el obispo unge las manos del sacerdote recién ordenado, apartándolos a ellos para el servicio sacerdotal recitando la siguiente oración. Los invito a unirse a orar para ellos conmigo por la reconsagración de todos los sacerdotes en la Iglesia, y especialmente para mí.

“Señor Jesucristo, a quién el Padre ungió con el Espíritu Santo, que les guarde y preserve a ustedes para que puedan santificar al pueblo cristiano y ofrecer sacrificios a Dios.”

Padre Jim Secora